

# El hechicero de la Corona





Zen Cho

El hechicero de la  
Corona

Traducido por

Carla Bataller Estruch

Corrección

Pilar Caballero



Título original: *Sorcerer to the Crown*  
© Zen Cho, 2015  
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Carla Bataller Estruch, 2022  
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2022  
Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón  
[www.duermevelaediciones.es](http://www.duermevelaediciones.es)

Primera edición: mayo de 2022

Ilustración de la cubierta: © Cinthya Álvarez  
Corrección: Pilar Caballero  
Diseño e ilustraciones interiores: Almudena Martínez  
Revisión de galeradas: Paula Solar Ruigomez

ISBN: 978-84-124375-8-4  
Depósito legal: AS 01102-2022

Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas S.A.  
Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Peter*



## PRÓLOGO

La reunión de la Real Sociedad de Filósofos Antinaturales estaba muy avanzada y el vestíbulo permanecía casi vacío. Solo pasaba el ocasional mago impuntual, que apenas le dedicaba una mirada al niño que aguardaba allí.

Los niños de su condición no eran una presencia infrecuente en las salas de la Sociedad. El niño era insólito no tanto por su piel, sino por su aparente ociosidad. A diferencia de los pajes con espléndidas libreas de la Sociedad, este vestía sobriamente y era joven para ser un paje, pues acababa de alcanzar su sexto verano.

De hecho, Zacharias no ejercía ningún oficio en particular y nunca había visto la Sociedad antes de esa mañana, cuando el hechicero real en persona lo había conducido hasta allí. Sir Stephen le había ordenado con solemnidad que aguardara, para acto seguido desaparecer en las misteriosas profundidades del Gran Salón.

A Zacharias le fascinaba el edificio señorial, con sus sombrías paredes revestidas de madera y sus cuadros imponentes, y sentía cierto pavor hacia los circunspectos taumaturgos que pasaban corriendo ataviados con sus abrigos de un azul medianoche. Le sobrevino sobre todo cierta solemnidad por la seriedad de su cometido. Permanecía sentado y henchido de determinación mientras observaba las puertas del Gran Salón, como si

podiera obligarlas a abrirse con la fuerza de su voluntad y sacar de allí a su guardián.

Al fin, el momento llegó: las puertas se abrieron y sir Stephen lo llamó con un gesto.

Zacharias entró en el Gran Salón bajo la penetrante mirada de lo que se le antojaron miles de caballeros, la mayoría ancianos y ninguno amistoso. Solo conocía a sir Stephen, pues no podía contar a Leofric, el familiar del hechicero real, que dormía enrollado en una espiral reptiliana en la parte trasera de la sala, echando humo por el hocico.

Hasta el niño más valiente se habría acobardado por tanta concurrencia, y Zacharias era sensible. Pero sir Stephen apoyó una mano alentadora en su espalda, y el pequeño recordó esa mañana, que tan lejana quedaba ahora; el hogar, la seguridad, la calidez y el rostro de lady Wythe inclinándose sobre él: «No temas, Zacharias, pero hazlo lo mejor que puedas. Con eso bastará, pues has aprendido del mejor hechicero del reino. Si la atención de tantos caballeros te pone nervioso, imagina que son repollos. Eso siempre me ayuda en ocasiones así».

Zacharias se lo imaginó con todas sus fuerzas mientras lo empujaban al frente de la sala, pero los repollos no parecieron ayudar. Lo cierto era que nadie nunca había exhortado a lady Wythe a demostrar las capacidades mágicas de su raza ante las mentes taumatúrgicas más brillantes de Inglaterra. Suponía una gran responsabilidad, y a cualquiera le resultaría abrumadora, pensó Zacharias, incluso aunque él fuera un niño extraordinario de seis años.

—¿A qué deseas darle vida, Zacharias? —dijo sir Stephen. Señaló una pequeña caja de madera sobre una mesa—. El señor Midsomer adquirió esta caja a lo largo de sus viajes, con



grabados de pájaros, frutas y animales extravagantes. Puedes elegir.

Zacharias había practicado el hechizo muchas veces bajo el tutelaje paciente de sir Stephen. La noche anterior, se había quedado dormido recitando la fórmula. Y, sin embargo, en ese instante, rodeado por una multitud de rostros desconocidos, angustiado por la percepción de ser el centro de atención, la memoria lo abandonó.

Su mirada de espanto pasó del semblante amable de sir Stephen al público y vagó por el Gran Salón, como si pudiera encontrar las palabras del hechizo esperándole en un rincón polvoriento. Era la sala más antigua de la Sociedad y contaba con varios elementos interesantes, de entre los cuales destacaban las antiguas claves talladas en el techo. Estas representaban corderos, leones y unicornios; los rostros de hechiceros fallecidos hacía mucho tiempo y hombres verdes con expresiones avinagradas y ramas brotando de sus narices. En cualquier otro momento, esas claves habrían cautivado a Zacharias, pero ahora no le proporcionaban ningún placer.

—He olvidado el hechizo —susurró.

—¿Cómo dices? —dijo sir Stephen. Antes había hablado con voz clara y sonora para dirigirse al público, pero ahora bajó el tono y se acercó más a él.

—No le ayude, haga el favor —gritó una voz—. Así no demostrará nada de lo que nos ha prometido.

El público se había ido inquietando más ante el estupor de Zacharias. Otras voces siguieron a la primera, intimidantes, descontentas:

—¿El niño es idiota?

—Un loro nos entretendría más.

—¿Acaso has visto algo más absurdo? —comentó un tau-maturgo a su amigo, en un susurro audible—. Bien podría

intentar persuadirnos de que los cerdos vuelan... ¡o de que las mujeres hacen magia!

El amigo objetó que los cerdos sí podrían volar, si alguien se molestase en hechizarlos.

—¡Ah, por supuesto! —respondió el primero—. Y podríamos enseñar a una mujer a hacer magia, supongo, pero ¿de qué nos serviría un cerdo volador o una fémina mágica?

—Menudo obsequio para la prensa —gritó un caballero con bigotes rojos y una mueca de desdén—. Hemos provisto a los caricaturistas con buen material: ¡una reunión de los mejores magos de nuestra época, convocados para contemplar cómo tartamudea un negrito! ¿Acaso la taumaturgia inglesa se ha rebajado tanto por la decadencia de la magia en Inglaterra que sir Stephen cree que no tenemos nada mejor que hacer?

La desazón recorrió la multitud, como si lo que acababa de decir el caballero disgustase a sus compañeros.

—Quizá no hay suficiente magia —dijo Zacharias, preocupado.

—¡Calla! —le increpó sir Stephen. Para vergüenza del muchacho, lo dijo en voz alta y lo oyó toda la sala—. Que no te inquiete eso. Al señor Midsomer le gusta explayarse sobre el tema, pero creo que Inglaterra aún dispone de suficiente magia para avivar los hechizos de cualquier mago aceptable.

El hombre de los bigotes rojos soltó una réplica ininteligible, pero no se le permitió terminar, pues otros tres taumaturgos acallaron sus quejas mostrando su desacuerdo a voces. Seis magos más defendieron al señor Midsomer, alternando insultos a sus compañeros con críticas contra sir Stephen y burlas hacia su protegido. ¡Menudo animal tan mal amaestrado era ese, dijeron, si ni siquiera sabía actuar!

—Qué espectáculo más edificante para un niño: una sala llena de hombres más grandes que él, todos insultándole —dijo

un caballero con la estrella plateada de hechicero en el abrigo. No se molestó en alzar la voz, pero su tono frío atravesó el tumulto—. Forma parte de las tradiciones más antiguas de nuestra honorable Sociedad, de eso estoy seguro, y es una muestra de lo mucho que nos merecemos nuestro lugar en el mundo.

El señor Midsomer enrojeció de rabia.

—El señor Damerell puede decir lo que le plazca, pero no veo razón alguna para refrenar nuestras críticas sobre este espectáculo tan absurdo, con niño o sin él —espetó.

—Estoy seguro de que usted no se refrenará —dijo Damerell con gentileza—. Siempre he admirado que, en pos de sus convicciones, se niegue usted a que la consideración hacia el resto de la humanidad, o incluso la práctica de simples modales, le limite.

La sala estalló en discusiones más acaloradas que nunca. El clamor ascendió hasta tal punto que podría despertar los grabados de la caja y las claves dormidas del techo sin que Zacharias tuviese que mover ni un dedo.

Zacharias miró a su alrededor, pero todo el mundo había dejado de prestarle atención. Por el momento, estaba a salvo.

Soltó un suspiro de alivio. Y, como si esa pequeña exhalación fuera la llave para su memoria clausurada, su mente se abrió y el hechizo aterrizó en ella, plenamente formado. Las palabras resultaban tan claras y obvias, su lógica tan inmaculada, que Zacharias se preguntó si las había perdido en algún momento.

Pronunció el hechizo en voz baja, aún inseguro tras las penas que había sufrido. Pero la magia llegó, siempre amiga suya, y respondió a la llamada. Los pájaros tallados en la caja relucieron en rojo, verde, azul y amarillo, y supo que el hechizo había funcionado.

Los pájaros se desprendieron de la caja al adquirir sustancia y existencia; desplegaron las alas, las plumas les brotaron sobre la piel. Volaron hacia el techo, graznando. La brisa de sus alas acarició el rostro de Zacharias, y el niño rio.

Una a una, las claves talladas cobraron vida, y los hechiceros muertos y los amargados hombres verdes y los leones y los corderos y los pájaros abrieron la boca, todos ellos entonando con vigor la canción favorita de Zacharias. Consiguieron ahogar las voces enfadadas de los hombres de abajo y llenaron la sala de un sonido glorioso.

# CAPÍTULO 1

## 18 AÑOS MÁS TARDE

Los invitados de lady Frances Burrow no se habían fijado demasiado en el mayordomo cuando los condujo al interior de la casa, pero la floritura presumida con la que abrió la puerta ahora generó curiosidad. Aquellos que interrumpieron sus conversaciones y alzaron la cabeza de sus helados fueron recompensados con su anuncio.

—¡Lady Maria Wythe y el señor Zacharias Wythe!

No habían pasado ni tres meses desde que Zacharias Wythe había aceptado el báculo de hechicero real; y no mucho más desde el fallecimiento de su predecesor, sir Stephen Wythe. Era objeto de un interés general y, para la creciente satisfacción de lady Frances, más de un par de ojos siguieron su avance por el salón.

Zacharias Wythe no podía evitar llamar la atención allá donde fuera. La oscura tonalidad de su piel lo haría destacar en cualquier concentración de sus colegas, pero también resultaba notable por su altura y la belleza de sus rasgos, en absoluto perjudicada por su semblante harto melancólico. Quizá esto último no fuera sorprendente en una persona como él, que había asumido su cargo en trágicas circunstancias y en una época en que la taumaturgia inglesa se encaminaba hacia una crisis sin precedentes.

